

Globethics Repository



La pareja, hoy [The couple today]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Santos, Hugo N.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-12 09:03:07
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155664

La pareja, hoy

Hugo N. Santos

El ser humano organiza sus vínculos en estructuras que tienen mayor o menor estabilidad. Uno de éstos, la pareja, tiene ciertos elementos que permite referirse a ella como teniendo cierta especificidad. Si nos atenemos al punto de vista temporal y convencional, puede considerarse el origen de la familia. Sin embargo, se podría pensar que la pareja matrimonial se desprende de la familia ("Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne").

El hecho de haber sido deseado por los propios padres estimula la identificación. Una primera problemática que se puede observar en la pareja matrimonial nace de la dificultad del psiquismo de cada uno de sus miembros con relación a la complicada resolución, nunca totalmente terminada, de la separación de sus vínculos familiares primarios. Así pues, nos hallamos ante el sufrimiento por la separación de las relaciones parentales de cada integrante y el deseo de crear una estructura inédita, distinta, única de pareja, que sea el resultado de la transformación de los modelos parentales de cada uno, en una unidad nueva de pareja propia.

O sea que, si lo vemos desde el punto de vista de la representación mental, la familia preexiste a la pareja en función de este proceso vinculado al propio proyecto.

Dada la problemática particular de la pareja en nuestros días se hace necesario diferenciarla de otras parejas diádicas no matrimoniales. Tener parámetros y conceptos relativamente claros sobre el particular es fundamental para encuadrar la problemática y comprender determinados problemas si se desean hacer determinadas aproximaciones éticas o brindar ayuda a otros incluyendo la comprensión de uno mismo. Para esto utilizamos, a modo de punto de partida, los cuatro aspectos que definen el concepto de pareja matrimonial según lo propuesto por Janine Puget e Isidoro Berenstein¹, diferenciándola de la pareja de amigos y la pareja de amantes.

¹ Janine Puget y Isidoro Berenstein, *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires, Paidós.

1. La pareja matrimonial

Los parámetros a tener en cuenta son los siguientes: cotidianeidad, proyecto vital compartido, relaciones sexuales y tendencia monogámica.

Cotidianeidad. Hace referencia a un tipo de estabilidad que se establece a través del vínculo diario. Va más allá de lo estrictamente temporal y se define por una integración tiempo-espacio que toma valor de símbolo. Se proyectan en el espacio las relaciones establecidas. Por ejemplo, el lugar donde guardan la ropa o donde duermen. Esta cotidianeidad es compartida y hace a la identidad de la pareja. Cuando no se comparten criterios, la pareja puede pactar.

Proyecto vital compartido. Se trata de unir, por parte de los miembros de la pareja, un conjunto de representaciones de realización con proyección de futuro. El primer proyecto vital a compartir es un espacio-tiempo vincular. La pareja comparte un lenguaje y ciertos códigos de comunicación que le son propios. El proyecto evoluciona

hacia un futuro. El modelo paradigmático pasa por la creación de hijos reales o simbólicos.

El proyecto le da a la pareja un cierto encuadre y tiene un sentido dinámico, o sea está sujeto a modificaciones. Pueden producirse crisis cuando han perdido o cumplido ese proyecto y no pueden formular otro.

Relaciones sexuales. Son las que interrelacionan los órganos sexuales: el pene en el varón y la vagina en la mujer. Otras zonas intervienen y se suman a la actividad genital. Ocasionalmente, otras zonas significadas como genitales, logran el fin sexual. Cada sociedad organiza de diferente manera sus valores culturales, lo que está prescripto y lo que se excluye en relación con la sexualidad.

Tendencia monogámica. Esto supone la unión matrimonial con un solo cónyuge. Esta característica señala una preferencia. Puede pasarse de un objeto a otro pasando a lo que podría llamarse monogamia ampliada. Es interesante que en las sociedades que prescriben varios esposos/as uno de ellos está dotado de la cualidad de único.

Vínculo de amigos

Veamos cuáles son las características a la luz de los parámetros considerados en el tipo anterior.

Frecuentación. Correspondería a la característica de cotidianeidad en el vínculo matrimonial. Si lo tomamos por la negativa, suele excluir la cotidianeidad (aunque no necesariamente). Hay una cierta regularidad en los encuentros (cuando lo desean o lo necesitan), a menos que haya algún impedimento. En este vínculo pueden reconocerse zonas no compartidas sin que esto origine conflictos. Hay en este tipo de relación una base de seguridad y confiabilidad que les permite encontrarse de acuerdo a la necesidad. Se da un marco de intimidad y ayuda mutua.

Proyecto vital. Podría decirse que consiste básicamente en conservar encuentros no cotidianos a lo largo de la vida. Hay gestos de incondicionalidad y puede confundirse el marco de intimidad cuando la relación sobrepasa lo requerido para la definición de este nivel.

Relaciones sexuales. No figura en este encuadre. Al hacerlo se transforma automáticamente en vínculo de amantes. La denominación *amigovios* es mentirosa porque habitualmente no se trata ni de amigos ni de novios sino de amantes. La relación de amigos deriva de la sublimación de las pulsiones genitales y pregenitales.

Tendencia monogámica. Si bien esto no se da como en la relación matrimonial, hay una cierta exigencia de ubicación en un lugar especial (desde el imaginario) a partir del cual se habrá de responder por encima de los demás. Si bien es admitido tener varios amigos, suele ocurrir, como en la poligamia que alguno de ellos es señalado como único o principal. Un aspecto importante de la relación entre amigos es el secretar. El equivalente, en la pareja, sería la intimidad. En el secretar se transforma lo incompatible en compatible. Los amigos comparten significados protegidos de su divulgación.

Vínculo de amantes

Aquí tenemos una relación amorosa y erótica con negación del encuadre matrimonial. Sus notas características son:

Habitualidad. La relación matrimonial se podría representar por una semirecta, es decir con un comienzo que se dirige al infinito. Un segmento de recta, para el caso de los amantes, serviría para establecer la diferenciación. Hay comienzo y terminación aunque ésta puede ser renovable. No hay cotidianidad como en el vínculo matrimonial, pero se diferencia de la frecuentación del vínculo de amigos.

Al hablar de amantes no nos referimos necesariamente a parejas extramatrimoniales sino a vínculos donde, por diferentes razones, no se da lugar a una relación matrimonial. Se crea la ilusión de un placer permanente sin un encuadre estable.

Proyecto vital. Este tipo de relación, básicamente, no tolera la existencia de proyectos futuros, menos aun un porvenir con hijos. Si los tienen aparecerán, generalmente, como perteneciendo a uno, no a los dos.

Las motivaciones para este tipo de vínculos, suelen ser diferentes en el hombre y la mujer.

Tendencia monogámica. Esta negada, en principio, sin embargo los amantes se ubican en la categoría de elegidos o preferidos, a pesar que se niegue el encuadre matrimonial. El engaño y la transgresión puede darle a este tipo de relación un sabor y un sentido particular.

II. Pareja y cultura

Todo análisis y crítica de los vínculos de pareja no pueden evitar soslayar la cultura en la que está inserta. Si en los parámetros de pareja se producen cambios, éstos reflejan movimientos propios de la cultura en la que estamos viviendo. La cultura no es algo que está simplemente por "afuera" del sujeto, la cultura moldea la subjetividad. La persona se constituye en medio de redes culturales que lo conforman. Los ideales de la cultura se articulan a la subjetividad de la persona en estrecha vinculación con el yo ideal y el ideal del yo. Los ideales de la cultura se transforman en absolutos, se naturalizan, condenando a la exclusión cualquier desestimación de los enunciados. Este dato no es algo que puede darse o no. La intervención de la cultura define al ser humano en cuanto tal. Pero es importante tener en cuenta que los ideales son múltiples, pudiendo ser contradictorios, y que la persona no sólo participa de la cultura global sino también de subculturas que, en determinados sectores, pueden enfatizar ciertos aspectos o, aun, contradecirlos.

La cultura deja su sello en la persona a través de los grupos e instituciones entre los cuales es primordial el grupo familiar que mediatiza la relación con la cultura. La familia funciona como transmisora de ideales y modelos identificatorios, también como comunicadora de valores, percepciones y significados del mundo sociocultural movilizando la subjetividad del individuo de acuerdo a los mismos. Naturalmente, cada familia acota la oferta cultural seleccionando sectores de la realidad de acuerdo a la subcultura propia de la misma. Pero es importante tener en cuenta que el discurso familiar es anterior al nacimiento de la persona. La familia plantea al individuo deseos, mandatos y expectativas determinados no sólo por las características propias de la estructura familiar sino también vinculadas con los ideales de la época. La cultura espera de cada persona el cumplimiento de sus expectativas de continuidad. A cambio, le ofrece un sentido de pertenencia, que moldea su identidad, y un sostén equivalente al que las funciones parentales ofrecen. Por eso, la falta de acatamiento a la oferta cultural siempre conlleva la amenaza de marginación.

Estos vínculos relacionados con lo social —pareja, familia, instituciones— se hallan en íntima conexión con el modo que adquiere la cultura en cada época. De modo que los vínculos de todo tipo son modelados por la trama simbólico-imaginaria de cada cultura. Así nos encontramos, en la nuestra, con una serie de cambios que se hace necesario mencionar, en lo que se refiere al tema que estamos analizando:

- 1) Cambios en las costumbres sexuales.
- 2) Cambios de los roles de la mujer y del hombre en la sociedad, más aún cambios en los modelos identificatorios.
- 3) Cambios políticos e ideológicos.

- 4) Cambios sociales y económicos.
- 5) Cambios en las creencias religiosas y en las formas de religiosidad.
- 6) Cambios en las prácticas psicoterapéuticas y en el concepto de salud.
- 7) Cambios provocados por las tendencias filosóficas.

Nada de lo que es la persona está por afuera de la cultura a la que pertenece. El modo en que ama está también vinculado con su cultura. Sin embargo, no suele tomar conciencia de esto, pensando que el modo en que se ubica ante los afectos, el sexo y el amor es ahistórico. Pero esto no es tal, los discursos propios de cada época y lugar le propondrán cómo, cuánto y cómo amarán u odiarán y le ofertarán las vicisitudes posibles del amor.

El sexo no puede abstraerse del contexto social y sufre los efectos de las posibilidades, las angustias, los goces y las frustraciones inherentes a la cultura del presente. El sexo es un hecho biológico; la sexualidad, un comportamiento adquirido culturalmente, ligado a la vida psíquica que está sujeta a constantes cambios. Esta relación cultura-pareja es necesaria como referencia fundamental para entender los cambios por los que fue transcurriendo el concepto de pareja y matrimonio a través de las épocas y lugares y la conducta en relación con tales modelos.

III. La pareja en la actualidad

No es el propósito de este artículo hacer un estudio pormenorizado de la cultura en la que estamos inmersos. Pero sí intentamos señalar algunas de las situaciones y problemáticas que vive la pareja en nuestros días. Si en la primera sección intentamos mostrar vínculos humanos que podrían ubicarse dentro de la categoría de parejas, lo que observamos es la tendencia a la variación de algunos de los parámetros mencionados anteriormente. Al mismo tiempo, respecto al tema que nos ocupa, se da una gran diversidad resultando imposible encontrar una sola línea de sentido.

Hay en ésta época una marcada flexibilización de bipolaridades básicas respecto a la sexualidad. Esto se nota respecto a lo perverso versus lo normal, lo masculino versus lo femenino, a la indiscriminación de géneros y a los cambios de actitud social respecto a la homosexualidad y la bisexualidad.

Al respecto dice Baudrillard: "Nada es menos seguro hoy que el sexo, detrás de la liberación de su discurso. Nada es menos seguro hoy que el deseo, detrás de la proliferación de sus figuras... el principio de incertidumbre se ha extendido a la razón sexual como a la razón política y a la razón económica... El estado de la liberación del sexo es también aquél de su indeterminación"².

2 J. Baudrillard, *De la seducción*, citado por Néstor Carlisky y Celia Katz de Eskenazi, en *El malestar en el psicoanálisis. En Vivir sin proyecto. Psicoanálisis y sociedad posmoderna*, pág. 29.

No es ajeno a esta situación el sentido y el valor que cobra la vida en la cultura postmoderna: "La misma incluye una sensación de vacío, de falta de sentido de la vida, de gerontización de los individuos por la pérdida de expectativas, de incremento del narcisismo y de la búsqueda del puro placer. La continuidad histórica se diluye en el presente... hay una pérdida del sentido de pertenencia y de la inclusión en la sucesión intergeneracional. La supremacía de significantes cristalizados de la postmodernidad es acompañada por la falta de profundización del conocimiento de la interioridad. El ser humano ha perdido, en el posmodernismo, el lugar central en que lo ubicó la modernidad"³.

En relación con la cotidianidad, algunas parejas prefieren la convivencia sin la formalización legal. Este fenómeno goza de una aceptación social y se da en parejas que ya han vivido situaciones matrimoniales anteriores como también en las más jóvenes. La aceptación ha dado lugar a la modificación de la terminología que se solía usar en situaciones como ésta. Se pasó del "concubinato", considerado como un tipo de vínculo de baja consideración social, a "vivir en pareja". Estos casos pueden ser la antesala o no de una unión legal. La presencia de un hijo suele precipitar esta última situación.

También van ganando mayor número de adeptos situaciones del tipo llamado "cama afuera", donde no se convive en la misma casa, pero donde se dan otros espacios para el compartir. Tal estilo de vida pone en tela de juicio la propia definición de pareja matrimonial a la que aludíamos al comienzo. Suelen ser personas de más de 35 años, que ya pasaron por uno o más matrimonios anteriores, que tienen hijos y que deciden, por un lado no "mezclar la gente", y por el otro, evitar los problemas de la convivencia. Ellos no quieren prescindir del amor de una pareja estable, pero no se animan a renunciar para eso a la autonomía y a la independencia. Se trata de personas que tienen un sentido muy fuerte de la individualidad y que prefieren poner en el bolso la ropa interior y las prendas que habrán de ponerse al día siguiente, antes que resignarse a vivir solo. En la mayoría de los casos se trata de personas que tienen su domicilio uno cerca del otro. Como define una socióloga "comparten la cama, pero no el placard. No son, como suele decirse, 'cama afuera', porque duermen juntos algunas noches por semana. Pero el placard lo tienen separado". Dado que el encuentro puede no ser cotidiano, se aproxima a la frecuentación, parámetro del vínculo entre amigos. Como aludíamos más arriba la cultura moldea la subjetividad del sujeto y al hacerlo afecta a una dimensión de la misma que es la temporalidad. Hay un culto a la inmediatez, al decir de algunos autores, donde se busca que el momento presente sea digno de ser vivido, rescatándose la experiencia de placer día por día. La dimensión prospectiva está atenuada en la época actual sobre todo a partir del vivir el futuro como incierto.

³ Néstor Carlisky y Celia Katz de Eskenazi: op. cit. pág. 36.

Esto, sumado al hecho que el sexo ha dejado de tener el tipo de conflictividad que tenía en el pasado, acelera los tiempos de inicio sexual de la pareja y del individuo en particular. El comienzo en las relaciones sexuales ha bajado, en promedio, tres años respecto a la década del 50.

Pero esta tendencia a la inmediatez afecta el interior mismo de la pareja. En un mundo en prisa todo tiene que ser rápido y efectivo. La velocidad es un peligro para la vida erótica que reclama tiempo, postergación y suspenso. Si se privilegia la velocidad se puede romper la estructura erótica de la pareja. Para acariciar hace falta tiempo, la caricia es una suerte de atajo hacia los sueños que cada uno tiene. El tiempo que hace falta para acariciar está achicado por las urgencias. Si se acorta el tiempo de la caricia, se achica el erotismo o lo que lo sugiere, se acorta el tiempo para la ensoñación.

Algo pasó con la espera del otro, nadie se toma el tiempo interno para esperar a otro. La televisión ha contribuido a esto al desconectarnos de la espera del otro y no dar lugar al silencio que toda espera interna necesita.

Con todas las novedades que tenemos alrededor nuestro ¿cómo podemos decir que se ama de la misma manera! En la época del *zapping*, hay una búsqueda de satisfacciones y alivio de tensiones. La necesidad de alivio hace que el otro pase a funcionar como un psicofármaco. Además las muchas actividades y problemas que se dan en el contexto socioeconómico actual hacen que se reduzcan el margen de energía para el sexo.

A pesar de todo, la sociedad tiende a pautar las condiciones que deben tener las relaciones satisfactorias con la misma fuerza que en otras épocas se tendía a reprimirlas hasta la llegada del matrimonio. Se espera que sean satisfactorias para ambos y frecuentes y se insiste en el valor de lo pasional y en la variedad y las formas del acercamiento erótico y las relaciones sexuales. Sin embargo y, paradójicamente, hay estudios estadísticos que señalan la disminución de la frecuencia en las relaciones sexuales de las parejas matrimoniales. Un estudio reciente señala que, si en la década del 80, la vida sexual de las parejas estables alcanzaba la frecuencia de entre dos y tres coitos semanales, en los 90 el promedio es de una relación cada siete días.

La existencia y difusión de los métodos anticonceptivos sumados a la desvalorización de la virginidad ha ido remarcando la idea de pareja sexual en detrimento de pareja reproductora y aun de la conyugalidad, desarrollándose más la categoría de los amantes que en otras épocas. Las adolescentes muestran en su actitud una clara iniciativa que se contrapone con la timidez expectante, por momentos provocadora, de la mujer en el pasado. Si anteriormente la iniciativa femenina no iba más allá de las insinuaciones y miradas, hoy puede encarar al varón más allá de las iniciativas de éste. El sentido de actividad y pasividad se ha modificado respecto a las relaciones entre los sexos. La relación sexual, medida en términos de eficacia para el varón, en el pasado, lo es también para la mujer a la

que se le pide un rendimiento equivalente. La anticoncepción ha contribuido a la liberación femenina, más aun en cuanto al uso de métodos que dependen totalmente de ella. Estos cambios en la mujer ha provocado una desorientación que no se ha terminado de resolver y que tiene que ver con los modelos tradicionales en cuanto a las relaciones entre los sexos que ha hecho decir a algunos autores que "la famosa inhibición sexual de los 90 no es tanto femenina como masculina".

Vinculado con todo esto, cabría preguntarse, en cada caso, si la "sexualidad recetada", al decir de Mabel Burín, asegura el mejor erotismo de la pareja o sólo sirve para reforzar el dominio masculino, devolviendo a los varones con disfunción eréctil la fuerza perdida, pero confundiendo eficacia sexual con predominio fálico. Se olvida, a menudo, que el pene erecto es un medio, nunca un fin en sí mismo.

En relación con la sexualidad no se puede negar la influencia ejercida por la amenaza del SIDA en las relaciones eróticas. La publicidad, que ha aumentado últimamente, pone de manifiesto que la muerte aparece como una posibilidad detrás del goce sexual. Esto reaviva fantasmas al confirmar el carácter ineludible del castigo por la transgresión inherente al género humano. Para algunos sería algo del orden de la pena de muerte y el castigo ancestral.

Hay una tendencia de levedad en los vínculos. La cultura postmoderna erosiona la constancia objetal. El sujeto postmoderno tiende a desinvertir al otro, negando la necesidad o demanda del mismo cuando de evitar el sufrimiento se trata.

Por eso, si nos referimos al proyecto vital compartido, el cortoplacismo de la época deja su sello. Entre otras cosas, en la idea de fracaso de la unión matrimonial. En el pasado, el ideal del vínculo matrimonial era pensado como una unión de por vida más allá del placer y satisfacción que ofreciera a los miembros de la pareja. Si tal proyecto se cortaba era clara la sensación de fracaso, tanto de los miembros de la pareja como de los que le rodeaban, con la consecuente culpa y desaprobación. Las consecuencias psicológicas de las separaciones son diferentes en función de ideales diferentes. Más aun cuando ciertas uniones se constituyen bajo el signo de "matrimonio a prueba". Esta sensación del divorcio como posibilidad del devenir de la pareja está presente aun en los que se casan legal y religiosamente. Se nota cierta desvalorización del concepto de pareja "para toda la vida". Antes la principal causa de divorcio era la infidelidad. Ahora la mayoría se concreta porque la gente se deja de querer y alega problemas en la comunicación. A pesar de que son las mujeres las que declaman más explícitamente el discurso del amor y la dependencia afectiva, estadísticamente son ellas, más que los hombres, las que toman la iniciativa en los divorcios.

La unión sexual sin proyecto compartido ha producido el fenómeno llamado de los "padres descartables". Algunas figuras del espectáculo como Madonna, Jodie Foster y Xuxa han mostrado la decisión de tener un hijo como producción individual siendo expresión de la intención y la concreción de otras

mujeres. Hay en la sociedad un número importante de mujeres en las décadas de los 40 o 50 años de edad, que se autoabastecen y crían a sus hijos. Este fenómeno no tiene el mismo correlato en los hombres. Casi no hay varones de la misma edad en tal situación. Juan Carlos Volnovich dice que los varones "siempre nos encargamos de que alguien venga a atendernos, a cuidarnos. A pesar de que los hombres siempre declamamos el discurso de la autonomía y la independencia, nos arreglamos para estar siempre acompañados, y siempre alguna 'nurse' encontramos"⁴.

En relación con esto, podemos ubicar el proyecto de los hijos en la pareja de hoy. En el pasado, los hijos eran el proyecto vital por excelencia. Hoy hay cierta devaluación del hijo como proyecto de trascendencia. En todo caso, puede ser un proyecto importante, pero junto con otros. Hay una pérdida de libidinización en el vínculo con los hijos. Es necesario llamar la atención sobre este hecho, cuyo análisis excede el marco de estas reflexiones, pero que tienen consecuencias no sólo sobre la pareja sino sobre el futuro de la humanidad. La reducción del tiempo compartido con los padres, producto de exigencias económicas y de la puesta en vigencia de nuevos valores, no necesariamente negativos, hacen que los chicos sean derivados, durante el día, a instituciones o personas que no siempre están en condiciones de contener y reemplazar a los padres ofreciendo al niño lo que necesita. La idea de que, para bien o para mal, los hijos unen a la pareja o que ésta debe estar unida por ellos, se da menos que en el pasado. La frase "no me separo por mis hijos" es mucho menos escuchada en este tiempo. Por otra parte, y en relación con este punto, algunas parejas actuales tienden a conservar el vínculo en tanto éste no afecte el logro de los proyectos individuales. En algunos aspectos, los proyectos compartidos se subordinan a los individuales.

Un capítulo aparte merece la aceptación que van tomando en la sociedad las parejas de homosexuales. En algunos países, se los habilita para la crianza de los hijos, siendo el desarrollo psicológico de éstos un tema que demanda mayor tiempo para su estudio.

La legitimación de los divorcios ha dado lugar, en algunos casos, a una especie de monogamia sucesiva. El valor de la fidelidad matrimonial se ha devaluado, si bien es cierto que esta idea mantiene resistencias en lo instituido en virtud que no coincide con el amor romántico. Según la Lic. Lidia Bequer, codirectora del Centro de Educación, Terapia e Investigación en Sexualidad (CETIS) mientras el porcentaje de varones, que al menos una vez en la vida mantuvo una relación paralela, se mantuvo constante (entre el 60 y el 70%) "en los últimos años, las mujeres que han cometido una infidelidad pasaron del 20 al 60%. Otras fuentes como Germano & Giacobe Consultores señalan un 48,4% y un

⁴ Juan C. Vonovich, "Los vínculos en tiempos de globalización", *Diario Clarín*, 14/3/99, pág. 21.

28,2% respectivamente, pero señalan que el registro de la infidelidad femenina no se registra bien en las encuestas por un rasgo de las mujeres infieles: "no se jactan, son discretas, no confiesan"⁵.

La salida de la mujer al medio extrafamiliar ha generado, en muchos casos, una economía compartida. En ocasiones, la mujer gana más que el hombre y, en épocas de desempleo como ésta, puede llegar a ser el único sostén familiar, con lo cual el poder del macho, basado en parte en cuestiones económicas, ha menguado significadamente. La mujer es más libre hoy para elegir la continuidad o no del vínculo matrimonial.

Tuvo también como contrapartida la mayor participación del hombre al interior de la casa. Este ganó en participación, pero perdió cierta autoridad ligada a lo que se consideraba, tradicionalmente, que era el rol del hombre y del papá. La autoridad disminuida del varón se puso de manifiesto en la ley de patria potestad compartida que le otorgó mayores derechos a la mujer respecto al pasado.

El enamoramiento, en tanto estado propenso a la entrega, a la sobrevaloración del otro y a una sensación de humildad y modestia, se torna, a veces, incompatible con el individualismo exacerbado que vivimos. El intento por superar algunas pesadas presiones impuestas por algunos ideales del pasado da lugar a una levedad en los vínculos que intentan eludir cualquier riesgo de apasionamiento. Esta actitud disminuye el sometimiento a exigencias sociales que presionaban cargando de culpas y responsabilidades. La estabilidad del vínculo y ciertas renunciaciones personales se integran con vínculos más *light* que suponen una atenuación de obligaciones mutuas en el marco de la pareja. Es más importante el hecho de estar juntos hoy y de "pasarla bien".

Si bien en nuestra sociedad han caído las grandes utopías, la edad postmoderna mantiene las suyas. La expectativa de llegar a vivir en un mundo sin sufrimiento, sin angustia, sin temor a la muerte funciona como una utopía. Esto se refleja en las personas donde se nota una menor tolerancia al sufrimiento lo que acelera el desprendimiento de vínculos y situaciones que pudieran ser ocasión de padecer. No olvidemos que aquéllos a quienes más amamos son los que más posibilidades tienen de hacernos sufrir. En algunos, esto genera una especie de amor desesperado, una búsqueda permanente e insatisfecha que genera relaciones intensas y efímeras. Sin embargo, y a pesar de la levedad, algunos psicoterapeutas como Mauricio Abadi observan, refiriéndose a la época actual, que "amamos con un mayor caudal de angustia, sin la necesaria serenidad para llevar adelante el ejercicio del amor. El amor y el sexo parecerían padecer en los años 90 de un factor sumamente importante que es la alegría... el sexo en esta época se cotiza mal debido a que su fuente, que es el deseo, ha emigrado hacia otros objetivos

⁵ Revista Luna, 4/4/97.

diferentes"⁶. Sin embargo, el ideal vinculado con la ternura no ha muerto y tal vez no muera nunca. La resurrección del bolero aun *aggiornado* en versiones como por ejemplo las de Luis Miguel, son expresiones del sueño del amor eterno, a veces frustrado, que aunque no se dé en la realidad es recreado como ideal.

Si en otras épocas hubo un opacamiento de la sexualidad, hoy se muestra todo. La televisión se encarga, ayudada por la necesidad de mantener el *rating*, de poner a la vista lo más posible sin respeto por los trámites pedagógicos y los tiempos eróticos. En un mundo caracterizado por la importancia de la imagen, la mirada aparece privilegiada. El juego de miradas marca los límites entre el mirar y el ser mirado en la oposición entre espectador y protagonistas. La insistencia en los ideales corporales con determinadas características condiciona los gustos eróticos y relativiza aquello que valoriza la interioridad.

Mientras que en la década del 60 estar en el cambio, para algunos, comprometidos en la llamada revolución sexual, implicaba adherir a una sexualidad tan libre que no tuviera siquiera las ataduras del amor, sobrevino, como parte del movimiento de a ratos contradictorio que presenta la cultura, en una revalorización del amor, donde sexo y amor están más integrados. En esto han contribuido fenómenos propios de la postmodernidad. Hay competencia, muchos problemas económicos y no hay nada seguro para el futuro. Todo esto provoca despersonalización, inestabilidad y mucha angustia. La ayuda viene en el refugio en los afectos cercanos: la pareja y la familia. Sin embargo el amor en los 90 parece ser más pragmático, se podría hablar de un amor más pensado, más racional. Se elige más por el compañerismo, la posibilidad de ser una pareja —equipo donde haya compatibilidad.

IV. Una tarea a realizar

En una época de cambios culturales significativos que afectan a un aspecto tan importante para la vida de las personas, las iglesias no han podido dar una respuesta clara y consensuada en torno a la mayoría de estas cuestiones y, por lo tanto, no han hecho una contribución demasiado significativa para ayudar a atravesar a sus miembros y simpatizantes por muchos de los problemas que se presentan no dando un mensaje claro a la sociedad, aun cuando han ofrecido una subcultura que matiza, en algunos casos muy significativamente, algunos de los rasgos presentados con anterioridad. Aquellos que apelaron a respuestas rígidas y tradicionales han logrado fijar pautas para los suyos, pero condenaron a la marginación a los que no lograron o no quisieron entrar en determinados principios y sistemas.

⁶ Mauricio Abadi, Reportaje en *Revista La Maga*, 6/9/95, pág. 3.

A partir de estos datos de la realidad se impone un diálogo en el interior de nuestras iglesias (y la sociedad) que encuentre a eticistas, teólogos, pastores y profesionales de la salud y las ciencias sociales en la búsqueda no sólo de una comprensión de los fenómenos sino de pautas que sean orientadoras para enfrentar situaciones vitales en relación con el tema.

Los seres humanos deseamos ser felices, también amar y ser amados. Al mismo tiempo, el destino de la humanidad no sólo dependerá de las grandes decisiones políticas y socioeconómicas sino también del modo como se estructuren las relaciones más íntimas de las personas. Así como en el día de hoy se está hablando de bioética, referida básicamente a las consecuencias de los adelantos científicos y técnicos que afectan la vida humana, se hace necesario ampliar el marco de la discusión de modo de dar lugar a una ética integral de la vida donde las relaciones de pareja estén comprendidas.

Habrà que despojarse de un principismo que olvida aquellas palabras de Jesús que "el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado", pero también de un conformismo acrítico o un estado de perplejidad crónica que no atina a entender y responder en relación con el sentido, las posibilidades y los peligros referidos a la pareja, hoy. Las iglesias cristianas tienen un desafío y una tremenda responsabilidad al respecto.